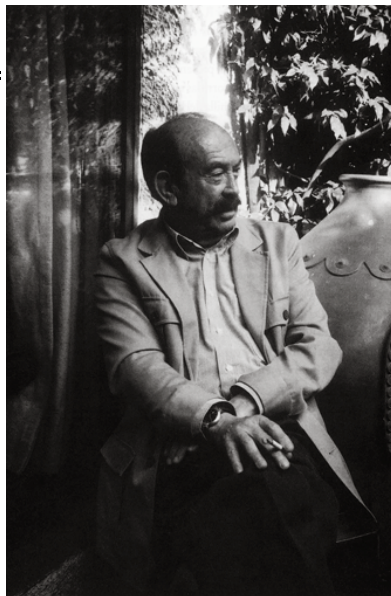


Lo que sea de cada quien

Las batallas de Rafael

Vicente Leñero



Rafael Ramírez Heredia

Terminaban los años sesenta —comenzaban los setenta— y ahí estaba otra vez frente a mi escritorio de *Revista de revistas*. No presumía aún su bigotazo villista al que haría símbolo de su personalidad y que sin duda se retorció con el pulgar y el índice frente a la máquina en busca de la frase atinada, pero me conmovió en ese entonces su timidez. Hundido en la silla hablaba quedito sobre sus antecedentes: había nacido en Tampico, trabajado como contador público y pugnaba por asomarse al mundo de la literatura. Ya era escritor; sólo necesitaba un empujoncito, dijo.

En la segunda visita me llevó dos libros de su autoría publicados por Costa-Amic. El primero era de cuentos, *El enemigo*, y el segundo una novela, *El ocaso*. De inmediato sospeché el origen turbio de tales ediciones.

Refugiado español desde los años cuarenta, Bartolomé Costa-Amic se vanagloriaba públicamente de su generosidad con los jóvenes, aunque en realidad mentía. Publicaba “con gusto” a los nuevos valores siempre y cuando ellos mismos pagaran la edición. Más que un editor era un simple impresor, de manera que publicar en Costa-Amic repercutía en mala fama para los autores: significaba que ninguna editorial seria había aceptado sus obras.

Se lo dije así, tal cual, y él se sonrojó de inmediato. Se revolvió inquieto sobre la silla.

—Confíesalo. Tú pagaste la edición, ¿verdad?

—Pues sí, pero ¿qué hago, maestro? ¿Qué hace un autor joven al que nadie conoce y al que le rechazan sus libros las editoriales grandes?

Le habían dicho no en el Fondo, en la Editorial Veracruzana, en Joaquín Mortiz.

—¿Qué hace uno, maestro?

—Insistir. Lo que sea. Nunca publicar con dinero propio en editoriales balines.

—El que Costa-Amic sea una editorial balín no quiere decir que mis cuentos sean malos —replicó con orgullo—. ¿Por qué no les echa un ojo? Para eso se los traje, para que los lea. Tengo otra novela que...

Los cuentos eran mucho mejores de lo que yo me esperaba. Ya no recuerdo ahora sus argumentos, pero sí un estilo vigoroso, directo, caliente... de genuino escritor.

Por esas fechas empezó a colaborar con Luis Spota en el suplemento cultural de *El Heraldito*. Llegó con una colaboración espontánea —él mismo lo contó después— y Spota, sin dejar de teclear en su máquina, le dijo que lo dejara ahí, en una charola.

—¿Y cuándo regreso?

—Nunca. Si se publica es que su colaboración es buena; si no, es que no sirve.

Escribía ya con frecuencia en *El Heraldito* cuando Spota y yo, cada quien por su lado, lo recomendábamos con Joaquín Díez-Canedo.

—Spota lo recomienda porque escribe como él —me dijo Joaquín con gesto despectivo.

—No es cierto, Joaquín. Tiene su propia garra, créame.

Imposible convencer al estricto editor. Le rechazó dos novelas, *Camándula y Tiempo sin horas*, que la editorial Diana terminó publicando ya sin los groseros requerimientos de Costa-Amic.

—Diana es menos peor —me confiaba después—, pero sólo me respetarán cuando publique un libro con Joaquín Mortiz.

Se puso a escribir teatro en el taller que yo coordinaba en el Centro Dramático de Héctor Azar. Lo hizo con tanta eficacia que ganó el Premio Protea 1976 junto con Óscar Villegas y Agustín Brandich. Nunca se montó su obra premiada, *Dentro de estos ocho muros*, pero le sirvió para convertirla en una novela excelente: *En el lugar de los hechos*, publicada también por Diana, ni modo.

Al fin, luego de casi veinte años de su primer libro —cuando ya llevaba seis títulos— sonó para él un gran campanazo. Un cuento suyo de veinticuatro páginas, *El Rayo Macoy*, le hizo ganar en 1984 el Premio Internacional Juan Rulfo de París. Ese cuento, publicado con otros cinco, le abrió de par en par no solamente las puertas de su ambicionada Joaquín Mortiz, sino de los suplementos culturales y de una editorial como Alfaguara que habría de darle cauce y fama a su obra y a su nombre, ahora pronunciado con auténtico orgullo de batallador incansable: Rafael Ramírez Heredia. **U**